

LA JOYERA CHINA

Weina Dai Randel

Traducción: María Inés Linares



CAPÍTULO 1

Junio de 1945

Hong Kong, durante la ocupación japonesa

LA LLAMABAN SIMPLEMENTE “LA JOYERA”. NADIE SABÍA SU nombre, cuántos años tenía, cuánto tiempo llevaba encarcelada en la isla ni por qué solo tenía nueve dedos. Delgada como un junco, se sentaba en un banco y se encorvaba frente a un bloque de madera sobre el que apoyaba distintas herramientas manuales, placas de metal y piedras preciosas. Con la cabeza calva y los dedos callosos y agrietados, trabajaba —midiendo, cortando, soldando— ajena a las voces que llegaban desde fuera de su celda, a los destellos iridiscentes que se reflejaban en el techo y a la nube de calor sofocante que se acumulaba en el lugar. Cuando terminaba una obra —un anillo de estilo art déco, un collar eduardiano o un broche *en tremblant*—, grababa en cada pieza una minúscula imagen de un águila bicéfala y cuatro letras crípticas: IMAM.

Corrían múltiples rumores acerca de esa inscripción. Algunas prisioneras susurraban que eran las siglas de su nombre, ya que se decía que la joyera había sido tiempo atrás una diseñadora de renombre mundial; que sus joyas habían

sido codiciadas y regaladas a jefes militares, magnates y familias reales de todo el mundo, y que más tarde había sido nombrada joyera personal de una malvada princesa.

Pero otras prisioneras creían que las letras se relacionaban con los nombres de los amantes de la joyera. Y se decía que tenía dos amantes: uno que había intentado matarla y otro a quien ella había asesinado.

Sin embargo, otras personas que vivían en la isla decían que los rumores eran totalmente falsos y que el grabado era, en realidad, una pista sobre un escondite que guardaba tesoros de la familia Romanov y un diamante legendario que la joyera había robado y escondido antes de la guerra. Quien descifrara el grabado podría localizar el lugar y desenterrar ese tesoro de valor incalculable.

La joyera no decía nada; tenía los labios sellados y el rostro redondo tan misterioso como el amanecer. Guardaba silencio cuando el oficial de uniforme negro que la visitaba todos los meses la amenazaba e intentaba interrogarla. Se mantenía muda cuando el guardia sádico la pisoteaba y le gritaba mientras le golpeaba la espalda con la culata del rifle. Se quedaba quieta cuando la comida que le correspondía iba a parar, convenientemente, a otras bocas: una bola de arroz envuelta en una fina lámina de alga, un pescado seco con las tripas marchitas o, de vez en cuando, un huevo duro que le habría dado energía a cualquier prisionero hambriento.

Entonces, un día, mientras el sol ardiente se hundía en las vastas aguas y la isla brumosa descendía hacia las sombras profundas y despóticas de la noche, por el camino fangoso bordeado de huesos y piedras, detrás de las prisioneras que se dirigían hacia el valle escarpado que sería su tumba, la joyera oyó ecos conocidos en el viento que gemía, el azote de las tormentas de nieve y la silenciosa promesa de la eternidad.

Y recordó.

CAPÍTULO 2

1925

Harbin, China, cerca de Siberia

ERA FINALES DE AGOSTO Y YA HABÍA EMPEZADO A NEVAR. Anyu, hija de madre paria, estaba sentada al pie de una escalera rota cerca de la estación de tren, dibujando en un montón de papeles arrugados. Sola en un rincón, llevaba horas trabajando en las líneas rectas de las vías, los rieles y los durmientes. Tenía quince años y era una artista habilidosa, que dominaba la técnica. Dibujar era su pasatiempo favorito y, si pudiera, se pasaría todo el día sentada allí dibujando. No es que tuviera nada más que hacer ni ningún otro sitio al que ir. La estación, por ruidosa que fuera, era mejor que la habitación sin ventanas en la que vivía, así que, después de terminar las tareas domésticas, solía ir allí, a su propio estudio público. Ese día quería dibujar las vías del tren cubiertas de nieve, los surcos de hierro oscuro y sus largas extensiones hacia el vacío.

Llegó un tren y trajo consigo una ráfaga de hielo y nieve que apuntó hacia ella y rompió el silencio que tanto apreciaba. Se bajó el gorro de lana y levantó la vista. A lo lejos, el andén estaba abarrotado de viajeros con maletas, soldados

armados con rifles y vendedores ambulantes que ofrecían manzanas silvestres recubiertas de azúcar. Observó los dedos punzantes, el frenético correteo de los pies, los amplios arcos de los brazos y deseó que todos desaparecieran. Se sentía atraída por los edificios imponentes y las máquinas zumbantes, las formas y los ángulos de los objetos inmóviles y las sombras difuminadas de la puesta de sol; la gente no la atraía tanto.

Se le enfriaron los dedos; Anyu dejó el lápiz y se frotó las manos para calentarlas. Al moverse, el lápiz rodó por el papel y cayó en el montón de nieve que había a sus pies. Cuando se inclinó para recogerlo, vio una tira de tela morada. Intrigada, apartó la nieve y la limpió. Era una pesada bolsa de terciopelo atada con una cinta de seda negra brillante.

Anyu aflojó la cinta, metió la mano y sacó una caja dorada con la imagen de un águila bicéfala grabada en relieve. La caja, ornamentada y lujosa, le cabía perfectamente en la mano. Al abrirla, vio que en el interior había un exquisito adorno con forma de huevo hecho de suaves cáscaras cristalinas, que tenía la superficie grabada con filamentos luminosos en forma de pluma que brillaban a pesar del sombrío aire invernal. El huevo estaba sobre un soporte hecho de una gema translúcida similar a una roca tallada que recordaba a un glaciar rebosante de riachuelos de diamantes. Impresionada, Anyu tocó los diamantes, recorrió con los dedos las delicadas filigranas del huevo hasta que encontró una junta imperceptible y, para su sorpresa, el huevo se abrió para revelar una elegante cesta enrejada que contenía un ramo de flores blancas con estambres dorados incrustados con piedras preciosas.

Anyu se quedó sin aliento: se trataba de un huevo imperial ruso, uno de los tesoros de los Romanov. Los había visto en los cuadros que se vendían en los puestos del distrito de

Dali, donde vivían muchos rusos, pero nunca había visto uno de verdad, y mucho menos había tenido uno en sus manos. “¿Cómo vino a parar un tesoro como este aquí, bajo la nieve, junto a la estación de tren de Harbin, a miles de kilómetros del palacio imperial de Rusia?”, se preguntó. Sin duda, su valor era incalculable; tenía incrustados numerosos diamantes y gemas relucientes, pero lo que más la cautivaba era la belleza etérea del huevo. Nunca había imaginado ver algo tan espectacular y tan ingeniosamente diseñado. Ansiaba saber quién había tenido la habilidad para diseñar y crear tal artefacto.

Anyu miró a su alrededor. No había nadie cerca; por el camino principal que llevaba a la estación, no muy lejos, pasaba una procesión de carruajes que transportaban a los ejecutivos japoneses trajeados que acababan de bajar del tren. Al otro lado de la calle, había enjambres de mendigos e inmigrantes hambrientos, de miradas furtivas, que se apiñaban alrededor de una caravana de carros y caballos; el codicioso casero de Anyu, que había vuelto a aumentarle el alquiler, tomaba pequeños bocados de los boniatos asados que ofrecía un vendedor ambulante en un barril. El casero murmuró algo, volvió la cabeza hacia ella y le lanzó una mirada siniestra.

Anyu se preguntó qué hacer con el huevo. Podía quedárselo; era el objeto más valioso que había tocado jamás, pero el mero hecho de pensarlo la llenaba de vergüenza. Solo una persona deshonesto y sin honor haría algo así; Anyu se consideraba una persona de moralidad e integridad inquebrantables. Se lo devolvería a su dueño, que debía de estar desesperado. Volvió a mirar el andén abarrotado de la gente a la que trataba de evitar. La abrumaba la sola idea de investigar en medio de aquella multitud quién podría haber perdido ese tesoro.

Volvió a meter el huevo en la bolsa de terciopelo y la cerró

con la cinta. Con la bolsa en la mano y el lápiz y el papel a buen recaudo en el bolsillo, se limpió los copos de nieve de la cara y se dirigió al andén. Solo había dado tres pasos cuando oyó una voz débil que venía de lejos. Un hombre que llevaba una maleta negra se apresuraba hacia ella desde detrás de la caravana de carruajes mientras gritaba algo.

Era muy alto, tenía la espalda ligeramente encorvada y vestía un jersey negro de cuello alto y una gabardina del mismo color que le llegaba hasta las rodillas. No llevaba sombrero; tenía el cabello dorado, del color del arroz frito, revuelto y salpicado de copos de nieve, y los ojos eran grises, del tono del acero. Se detuvo frente a ella, jadeando para recuperar el aire: una silueta tallada por los vientos, empapada de nieve; un hombre que era una mezcla paradójica de refinamiento y miseria, de fuerza y miedo. Un hombre ruso.

Anyu no tenía ganas de hablar con un extranjero. Había visto a muchos rusos en su ciudad, traídos por el Ferrocarril Chino del Este, que era parte del Transiberiano, un monstruoso tramo de ocho mil kilómetros que comenzaba en Moscú, al oeste, y terminaba en Vladivostok, al este. Se refugiaban a lo largo del río Songhua e imprimían el sello de su exótica cultura en Harbin, al construir imponentes catedrales con cúpulas en forma de cebolla, erigir estatuas en las vastas plazas y llenar las calles con filas de opulentos edificios barrocos. Anyu no conocía personalmente a ningún ruso. Había oído que algunos eran buenos panaderos y llenaban la ciudad del aroma tentador de su delicioso pan tradicional, el *khleb*, que se vendía en las esquinas de las principales avenidas y era un manjar poco común para los niños, pero también había oído que eran un grupo de maleducados que no mostraban ningún interés ni respeto por las costumbres chinas y que a menudo tomaban el sol con descaro en la playa del río Songhua.

El hombre le bloqueó el paso, con la mirada fija en la bolsa. Era demasiado tarde para esconderla.

—¿Se ha perdido? La estación de tren está por allí —dijo Anyu.

—¿La estación de tren? Oh, no, no... —balbuceó en un chino mal pronunciado y salpicado de un fuerte acento ruso—. Señorita, espero que no sea demasiado grosero de mi parte hablarle de manera tan impetuosa. La bolsa que lleva es mía. La he estado buscando por todas partes. No sé cómo la he perdido. Estuve aquí esta mañana... ¿Me la puede devolver, por favor?

Anyu le habría dado la bolsa con mucho gusto y le habría dicho que se largara, pero el huevo era demasiado valioso como para entregarlo sin antes verificar.

—Depende. Primero tendrá que responder a mis preguntas. Si la bolsa es suya, dígame qué hay dentro.

El hombre se puso tenso, con la cautela brillando en sus ojos grises, pero no respondió.

—¿Entiende lo que le digo? —volvió a preguntar Anyu en chino. Se dio cuenta de que debería haber hablado en ruso o en inglés. Su conocimiento de esos idiomas extranjeros era bastante bueno gracias a la diligente enseñanza de su madre.

El hombre asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Tenía unos cuarenta años y llevaba una barba incipiente canosa alrededor de la mandíbula.

—¿Quién es usted? —preguntó Anyu mientras lo miraba fijamente.

El hombre levantó la mano derecha para secarse la cara y ella no pudo evitar notar que esa mano, adornada con un anillo de oro con una piedra opaca, le temblaba.

—¿Sabe lo que hay dentro o no?

—Lo sé, señorita. Es un huevo.

—¿Cómo es?

—Ojalá pudiera describírselo, señorita. Pero me temo que no puedo. Es un huevo muy especial.

Tenía un pésimo acento, pero al menos había utilizado expresiones corteses en chino.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Anyu.

Desde el andén se oyeron el silbido del tren y el murmullo de la gente que llamaba a sus familiares. El hombre se cambió la maleta a la mano derecha.

—Por favor, mi tren está a punto de salir. Tengo que irme.

—No puedo dárselo. No me ha respondido.

Ella se alejó. El hombre se abalanzó hacia delante como si quisiera arrebatárselo de las manos.

—¡No! Por favor, no se vaya. Se lo diré. Me lo regaló la zarina.

—¿La emperatriz de Rusia?

En la estación de tren, Anyu había sido testigo de robos, secuestros y tráfico de personas, y había oído muchas historias extrañas y aterradoras. Esta le parecía irreal incluso comparada con todo aquello.

—En efecto, señorita. Me lo regaló nuestra zarina, Alexandra Fiódorovna.

Ella sabía, como todo el mundo, lo que le había sucedido a la emperatriz de Rusia. Su madre todavía le contaba la sangrienta masacre en el sótano donde había sido ejecutada la familia imperial, incluidos el zar, la emperatriz y sus hijos. Había sucedido años atrás, durante la violenta revolución que había devastado Rusia.

—Pero ella está muerta.

—Me lo dio antes de que la mataran.

—¿Por qué la emperatriz de Rusia le daría un tesoro así?

El hombre sudaba a pesar de los copos de nieve que le caían sobre el rostro pálido. Otra vez le costaba mucho hablar y le temblaban las manos. Miró hacia la estación de

tren y luego hacia la caravana y los vendedores que estaban al otro lado de la calle.

—Si no me lo va a decir, me voy. Aquí hace frío. —Sin soltar la bolsa, Anyu se desvió hacia el camino. A poca distancia, su casero, que engullía un boniato morado, ladeó la cabeza y luego miró al hombre ruso que estaba detrás de ella.

—Espere, señorita. No se vaya. Le diré todo lo que necesita saber. Por favor, no se vaya.

El hombre la alcanzó. Anyu se detuvo.

—¿De dónde es usted?

—De San Petersburgo.

—¿Por qué la emperatriz le dio el huevo?

—Es una larga historia. Soy joyero.

Anyu nunca había conocido a un joyero. Por lo que ella sabía, en Harbin un joyero podía ser un artesano que fabricaba joyas o un comerciante que las vendía; en cualquier caso, era una profesión oscura, casi secreta y exclusiva. El hombre que tenía delante no parecía un artesano típico o un comerciante. No pudo evitar pensar que estaba tratando de engañarla, aunque parecía sincero. A pesar de sus maneras evasivas, tenía una forma de hablar sofisticada y unos modales diferentes de los de la gente que conocía ella. Quizás fuera realmente un joyero de Rusia, pero ¿qué hacía en Harbin?

El hombre volvió a hablar, con voz tranquila pero ronca.

—Señorita, yo era uno de los cuarenta y dos maestros artesanos que trabajaban bajo la dirección del señor Peter Carl Fabergé, el mejor orfebre de Rusia. Quizás haya oído hablar de él.

Ella negó con la cabeza. El nombre de Fabergé no le resultaba familiar; su madre lo habría conocido.

—Entonces es un privilegio para mí contarle que el maestro Fabergé recibió el encargo de elaborar huevos para la

familia imperial, los Romanov, durante décadas. Creó huevos para la emperatriz viuda y la zarina, nuestras eminentes mecenas reales, antes de la revolución. Nuestra emperatriz viuda adoraba el que tiene usted en sus manos, el Huevo de Invierno. Era su favorito, fabricado por uno de mis colegas, con mi ayuda. Cuando los traicioneros bolcheviques amenazaron con irrumpir en el palacio, la familia imperial, preocupada por que sus regalos y tesoros fueran robados, les entregó algunos de ellos a los maestros artesanos. A mí me confiaron este huevo y me dijeron que lo guardara y que nunca lo dejara caer en manos de los rebeldes. Es mi deber y mi honor proteger el huevo... Lo siento. Me temo que no me está permitido revelar nada más. ¿Responde esto a su pregunta?

Anyu observó con atención el rostro del hombre.

—¿Me puede dar mi bolsa?

—Una pregunta más. ¿Es usted un fugitivo?

El hombre se quedó paralizado.

—No me ha dicho mucho que digamos sobre quién es usted, y además tiene eso. —Le señaló un rastro de color rojo oscuro que le bajaba desde la oreja derecha por el cuello y le llegaba hasta el jersey.

Al hombre le brillaron los ojos grises; miró a su alrededor: los carruajes, los vendedores ambulantes, los viajeros.

—Si me permite...

—¿Qué tienes ahí? Déjame ver.

El casero de Anyu, que se había acercado sigilosamente, extendió la mano y la hizo sobresaltarse. Anyu escondió la bolsa detrás de la espalda.

—No es asunto suyo.

—Eres una buena chica. Muéstrame la bolsa. Solo quiero echar un vistazo. ¿Qué hay dentro? ¿Vale mucho dinero?

—dijo el casero.

—Nada de valor —respondió ella.

—Déjame verla. Dámela.

—No.

—¡Te he dicho que me la des!

Sabiendo de lo que era capaz su casero, Anyu tuvo que actuar con determinación. Le puso la bolsa en la mano al joyero y lo arrastró consigo.

—Tome su bolsa. Y ahora corra. Dese prisa. Ya. ¡Rápido!

—Ah... ¡gracias!

El joyero echó a correr junto a ella, sujetando la bolsa. Detrás de ellos, el casero maldijo:

—¡Zorra, zorra, zorra!

Como era un mal corredor, arrastraba los pies, jadeando mientras se esforzaba por alcanzarla. La distancia entre ellos aumentaba; la estación de tren, envuelta en una cortina de nieve, parecía cada vez más cerca con cada paso que daba Anyu.

Cuando llegaron al andén, el joyero se volvió hacia ella con los ojos llenos de gratitud.

—Es usted una muchacha increíblemente honesta. Admiro sinceramente su integridad. ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Me llamo Anyu —respondió ella. “Jade pacífico”, la había llamado su madre, a pesar de todo lo que le había pasado.

El joyero murmuró su nombre en un chino poco aceptable, pronunciándolo mal, como algo que significaba “pez oscuro” en lugar de “jade pacífico”. Luego rebuscó en su bolsillo.

—Déjeme darle algo. Estoy en deuda con usted.

—No tiene que darme nada. Es su huevo, señor.

—Isaac. Llámeme Isaac... Soy Isaac Mandelburg. ¿Qué le parece esto? Tome.

Ella miró lo que le había puesto en la mano: era un pañuelo de seda, grande, limpio, con líneas azules entrecruzadas. En

una esquina tenía bordada la letra M en alfabeto latino en una curva elegante y amplia, y una dirección en chino.

El silbato del tren volvió a sonar junto con la voz del maquinista: era la última llamada para subir al tren.

El joyero dijo con prisa:

—Voy de camino a la tienda de mi tío en Shanghái. Esta es la dirección. Si alguna vez va a Shanghái, Anyu, ¿Anyu?, por favor, búsqüeme. Cuidaré de usted.

Anyu había oído hablar de Shanghái, un mercado lucrativo para el comercio de pieles, una ciudad lejana en el sur que nunca había visitado y que quizá nunca visitaría. Y el pañuelo era un objeto que le pertenecía a un hombre. No debía aceptarlo. ¿Qué diría su madre?

Pero el joyero se había apresurado a marcharse y había desaparecido entre la multitud del andén, llevando su maleta y su huevo.

—¡Idiota!

Una fuerte bofetada. Había aparecido su casero, jadeante.

Anyu se tocó la cara, que le ardía, pero el hombre no había hecho más que empezar y volvió a levantar el brazo. Antes de que le pegara nuevamente, Anyu echó a correr.